

Dr. Juan Marín

Notas sobre el "jade" de China



L jade es la suprema expresión estética del chino a lo largo de los milenios. Y es también algo más: es vehículo de lo esotérico y el emblema de la eternidad, es el símbolo del poder y el talismán que protege contra la muerte y el maleficio, es la piedra mágica a través de la cual se expresan los dioses en su trato con los hombres, es el Alfa y Omega de la Alquimia y de la Astrología Chinas.

En los más viejos rastros de la Mitología amarilla aparece ya el jade envuelto en la romántica aureola de los poderes sobrehumanos: en la maravillosa piedra verde se veía la quintaesencia de la Creación, la luz solar aprisionada, el «arcoiris forjado en rayos, para placer y delicia de los dioses de la tempestad.

«Musgo diluido en nieve derretida» lo llamó un poeta mil años antes de Cristo.

«Si el jade no está pulido, nada vale; si el hombre no ha pasado las pruebas del sufrimiento no será perfecto», reza uno de los más viejos Proverbios chinos, citado por Nott en su obra fundamental sobre el Jade Chino.

Cuando el «Unicornio» mitológico se apareció a la madre de Confucio, (Kung Futzü), arrodillándose ante ella expulsó de su boca una pieza de precioso jade en la cual una inscripción rezaba que «de su vientre nacería un gran rey, pero sin trono».

En el «She King» o Libro de la Poesía, uno de los «Clásicos» del Confucianismo, se lee:

«Sé cuidadoso en lo que dices,
piensa bien en lo que haces.
En todas tus obras sé prudente y correcto;
una mancha en una pieza de jade puede ser extraída,
pero una imprudencia en un discurso jamás puede ser reparada».

Y en «Li Ki», el más grande e inmortal de los «Clásicos» se lee esta estrofa a la piedra venerada:

«Benevolencia se lee sobre su pura superficie,
el conocimiento en su luz incomparable,
la rectitud en su limpio bruñido,
el poder en su dureza,
la inocencia de alma en su diafanidad y transparencia,
la eternidad en su duración
y su grandeza moral en el ir de mano en mano sin jamás man-
[charse».

Los Emperadores anunciaban su ascensión al Trono con cinco tabletas de jade ofrecidas en el «Altar del Cielo y de la Tierra». Los grandes dignatarios eran sepultados con los más preciosos de sus jades para evitar la putrefacción; el jade dominaba el ceremonial de los grandes ritos funerarios; y Hoh Kung, el Alquimista del siglo IV, pudo escribir con un exceso de optimismo que: «si se tiene el cuidado de colocar jade en los nueve orificios, el cuerpo no sufrirá putrefacción».

Siendo substancia solar, fué atributo del Emperador y emblema de poder. El sello imperial puesto al pie de los Edictos, era labrado en jade verde y de jade también el cetro de los ceremoniales.

En el célebre suicidio del Consejero Kuh Ping, del Estado

de Chu (314 A. C.) (que es el origen del tradicional «Dragón Boat Festival» hasta ahora celebrado en toda China) una sortija de jade juega papel principal. En la Dinastía Han (I. A. C.) los nobles portaban amuletos de jade, en forma de cráneos y tortugas, para la buena suerte. El Emperador Weng-Ti (179-156 A. C.) brindaba en una copa de jade que llevaba la siguiente inscripción: «Oh Maestro de la Humanidad, sea tu vida prolongada para bien y gracia del mundo».

Las divinidades del Taoísmo, es fama que sólo se alimentaban con jade, que es la «substancia del sol». Y en la inmortal novela «El Sueño de la Cámara Roja», cumbre de la novelística china, el protagonista, Pao Yu, nace con un amuleto de jade que marca su destino; determina en él, según las ocasiones, la enfermedad y la locura, crea el ensueño y la sabiduría y rige el amor de su vida. La trama misma de la novela gira en torno a la inscripción que dos monjes, uno taoísta y uno budista, encontraron en la «Piedra del Universal Entendimiento», en la «Gran Montaña Mítica del Pico Verde».

* * *

El jade va unido al desarrollo de la cultura china en su larga extensión. Se le conoció desde el Período Mítico, pero sólo en el Período Legendario comenzó a trabajársele en utensilios y adornos. La estilización artística de la piedra comienza durante la Dinastía Shang (1766-1122 A. C.) y su difusión en el ceremonial cortesano y estatal, se realiza durante la Dinastía Chou (1122-255 A. C.). La iconografía jádica de estas dos épocas está íntimamente ligada a formas totémicas de adoración de animales y al período que Freud ha señalado en el curso de la evolución de todos los pueblos: la etapa mágica de la mente humana.

Los amuletos fúnebres eran también de contenido simbólico:

la cigarra (1) en la lengua, como emblema de resurrección; el pescadillo en los ojos, como signo de vigilancia; el espejo dentro del ataúd, para alejar los malos espíritus, etc.

El jade de las sepulturas, con la acción del tiempo y seguramente debido al contacto con el cuerpo en putrefacción, cambia de color, produciéndose lo que los chinos llaman el «tomb jade» que es la clase más valiosa y apetecida, por los poderes mágicos que se le atribuyen.

Durante el período de los grandes filósofos—la Trinidad Sublime: Lao Tzü (604 A. C.), Confucio (551-479 A. C.) y Meng Tzü o Mencius (372-298 A. C.)—el jade adquirió un extraordinario auge y una profunda significación religiosa. Luego con la introducción en China de los dioses del Panteón budista de la India, la iconografía se desarrolló en forma insólita, tal como pasó al Cristianismo durante la Edad Media en Europa. El Gautama y la Diosa Kwan Yin (2) (equivalente a la Virgen María cristiana) fueron representados en toda clase de materiales, igual que los «Ocho Genios» del Taoismo de Lao Tzü. El jade, naturalmente, ocupó el lugar más alto—más que el oro—en la escultura e iconografía china. Junto con los dioses salieron a circular los tótemes y los emblemas de realeza, como el Dragón y el Fénix, el Onicornio, la Tortuga, el Ibis, etc.

Chieng Lung, el Emperador artista y poeta de la Dinastía «Ching» o Manchú (1736-1796 D. C.), fomentó la investigación de los jades arcaicos y el arte e industrialización de nuevas

(1) El tema de la «cigarra» en la simbología china es cosa que merecería capítulo aparte. Tiene significados cósmicos por la fecha en que canta y por el cambio de «colores» que experimenta desde su estado de larva adelante.

(2) La diosa Kwan es un fenómeno especialísimo de un dios masculino que se transforma en «diosa». Primitivamente Kwan Yin era una Buda y paulatinamente ha pasado a ser la «Madonna» de Oriente. Es la única imagen femenina que se representa con los pies visibles (descalzos además) en China. Todas las otras imágenes de mujer ocultan los pies.

formas, llegando a instalar en la propia Ciudad Prohibida un taller-laboratorio exclusivamente dedicado a trabajos en jade. Posteriormente, Tzú-Hsi, la Emperatriz Dowager de China, también tenía en gran estima el jade y fomentó decididamente estos trabajos: su colección ha sido una de las más ricas de China.

El apogeo artístico del jade fué alcanzado durante la Dinastía Sung (960-1127 D. C.), declinando después un poco durante los «Ming». Estas dos épocas son consideradas sin embargo como la más pura tradición «china» en el trabajo de la piedra preciosa, siendo el período de Chieng Lung y los Manchús en general, estimados como fuertemente influenciados por la tradición hindú.

Cuéntase que cuando Sir Walter Raleigh regresó a Inglaterra desde la América Hispana, presentó a su Buena Señora, la Reina Isabel, un ejemplar de la mágica «pietra di hijada», capaz de curar todos los males. La piedra en cuestión no era otra que el jade («hijada»). Existe aquí una incógnita histórica que a nosotros no toca resolver; el cómo y porqué de este jade en América. Y valga aquí un paréntesis de orden médico-histórico: la piedra era reputada como eficaz principalmente en las enfermedades del riñón (hijada = lomos, riñón). Veremos más adelante que una de las variedades químicas del jade ha sido llamada posteriormente «nephrita» (nephro: riñón). Recuérdese el «Similia, similibus, cuarantum» de Hipócrates, y establézcase cómo es que Sir Raleigh presentó a su Dueña el jade con tan original nombre.

Hay en el asunto fuertes ingredientes de medicina arcaica, mágica naturalmente, tanto en el fondo como en las denominaciones.

* * *

Los chinos distinguen tres variedades de jade:
«Yü» que es el nombre genérico de la piedra.

«Pi Yü» o jadeíta, originaria del lago Baikal y de las montañas del Yunnan, de color verde oscuro.

Y «Fei-tsui», variedad obtenida de Burna y de la China Norte (Shensi), de color verde esmeralda. El nombre de esta clase de jade se debe a su color que ha sido comparado con el plumaje del «martín pescador»: «Fei-tsui».

Según los colores, la gema se subdivide en nueve colores: agua transparente, azul índigo, verde pasto, pluma de alción, amarillo, vermellón, rojo sangre, negro de laca y blanco opaco.

Los comerciantes chinos distinguen las tres más altas variedades de los tres colores; el verde, el café y el blanco, con los signos de los tres caracteres que significan respectivamente: Felicidad (Fu), Prosperidad (Lu) y Longevidad (Shou).

La piedra de valer no debe tener manchas, que son signo de deterioro o «muerte» de la gema. De una piedra completamente transparente se dice que es «viva», que posee mucha vida.

* * *

El jade no es sólo grato a los ojos. Tiene también cualidades sonoras y táctiles. Los címbalos usados en las ceremonias imperiales eran hechos de trozos de jade de diferentes dimensiones, los cuales, golpeados con un martillo de ebonita, dejaban oír un suave y melancólico sonido. Todavía pueden verse en los palacios de la «Ciudad Prohibida» de Peking, algunos de estos maravillosos y valiosísimos instrumentos. Al tacto, el jade produce una extraordinaria impresión de frescura y de suavidad, cualidad esta última que ha dado lugar en la literatura a las más refinadas imágenes poéticas. Dice Una Pope-Hennessy en su «ópera magna» sobre el «Jade Antiguo», que los artífices y los comerciantes de jade, desarrollaban una especie de sentido táctil hipertrófico, rozando con las yemas de sus dedos los objetos de jade con los cuales trabajaban. Un verdadero «entendido», un experto en jade debía conocer las variedades de

la piedra apetecida, con los ojos cerrados y sin necesidad de escuchar el sonido que ella produce al ser golpeada. Hoy mismo, en los mercados de «antiques» de Peking, al otro lado de la Atamen, los viejos «curio-dealers» de ojos entornados, inmóviles en sus sillas, con la larga «pipa de agua» en los labios y la taza de té humeante en la mesilla, pasan y repasan largamente sus dedos afilados de uñas largas sobre los delicados objetos, en un acto que no se sabe si es un simple placer estético o una mística caricia.

* * *

Desde el punto de vista mineral o químico el jade es un compuesto de sílice, alúmina, magnesio, soda, óxido de fierro, potasio, manganeso, etc. La fórmula de la «nefrita» es: $\text{CaO}_3 \cdot \text{MgO}_4 \cdot \text{SiO}_2$; y la de la «jadeita»: $\text{Na}_2 \cdot \text{O} \cdot \text{Al}_2 \cdot \text{O}_3 \cdot 4\text{SiO}_2$.

El color verde de la piedra deriva de la presencia en ella de los óxidos ferroso y férrico.

El jade negro que se ha encontrado recientemente en Burma es una variedad de «jadeita» cuya fórmula coincide con lo que Damour llamó en 1865: «cloromelanita». La «nefrita» se encuentra en China en los siguientes lugares. Bucharía (Turkestan Chino), Yarkand, Khotan, y en las montañas de Kuen-Lun y Nan Shan. La «jadeita» se halla en Bhamo, Gulbassen y en la parte fronteriza entre China y Burma.

Cantón fué primitivamente el principal centro del labrado y tallado del jade, desplazándose después esta industria y artesanado a Peiping y Shanghai.

La técnica del labrado es hoy casi la misma de los antiguos caldeos, que en períodos remotos la transmitieron, hacia el norte, a Europa y hacia el sur a la India, de donde pasó después a China. Las herramientas usadas por los chinos son innumerables, pero como dice el Dr. Bushell, todas ellas deben su mayor o menor eficiencia al poder de las sustancias ras-

pantes que han sido y son, en Peking las mismas que usaron los alquimistas en la Europa Medioeval: arena amarilla (cristales de cuarzo), arena roja (almadin que se usa con la sierra circular), arena negra (esmeril) y cristales de rubí (joya en polvo que se emplea con la correa de cuero para el pulido final).

El mineral se traslada desde el interior hasta los centros de labor, a lomo de animales, en bloques macizos cuyo valor no se podrá conocer sino hasta después de haber dado en ellos los cortes necesarios. La venta de estos bloques se hace en ciertos mercados en forma de remates y aun cuando la pericia de los expertos es mucha y muy aguda, el negocio es, en realidad, una lotería. Un bloque comprado en una suma fabulosa puede después producir sólo gemas opacas o muy manchadas. Otras veces lo inesperado se presenta en circunstancias favorables para el comprador. Hemos visto en los sótanos de los joyeros chinos de Shangai algunos de estos bloques misteriosos de los que no se sabe si podrá resultar un Budha de tres pies o bien no servirán sino para pedrería barata, vulgar «stone» para pulseras y prendedores a veinte dólares la pieza.

* * *

Hay un libro que data de la Dinastía Sung, el «Ku-yu tou-pu», en cien volúmenes, perteneciente al segundo Emperador de la Dinastía «Sung del Sur», cuyo título se traduciría por: «Descripción Ilustrada del Jade Antiguo» en el cual se inserta una lista de objetos diversos que en esa época se hacían de jade para uso del Emperador. He aquí algunos de ellos:

Sellos Imperiales, sellos de Banco, Tesoros del Estado.

Amuletos Taoistas, Talismanes y Encantamientos,

Ornamentos de ropas y de carros.

Útiles de estudio, Paletas, Pinceles y Depósito de Tinta,

Pebeteros de incienso y de maderas olorosas.

Copas de libación y jarras para Vino.

Vasos para sacrificios y para Comida.

Instrumentos Musicales.

Biombos y muebles pequeños, etc.

Los más arcaicos objetos tallados en jade han sido: armas (puntas de lanza, cuchillos cortos, etc.), gemas para los ritos funerarios, joyas para sacrificios y usos cortesanos y amuletos. De este vasto período, que para fines de exposición se ubica entre la Edad de Piedra y la Dinastía Han (siglo III A. C.) uno de los objetos más interesantes que aparece labrado en jade, es el llamado «Tsung», o sea un cilindro hueco incluido dentro de un prisma de ángulos cuadrados y que representa los principios «Yang» y «Yin» de la Naturaleza. En algunos de estos «Tsung», aparece sobreagregado el célebre «Pa Kua» u «Ocho Diagramas», donde es fama que yace encerrada toda la sabiduría china (1). Llama la atención que el «Pa Kua» se encuentre ya agregado al Tsung, si se piensa que la confección del «Pa Kua» se atribuye al mítico Emperador Fu Hsi, que reinó en el año 2953 A. C. De este período son también los «Kuei», discos y semidiscos de jade, que de acuerdo a cánones establecidos, se colocan en el ataúd junto con el cadáver. Según la filosofía china, los «Kuei» representan el alma material en el Cosmos. El Universo estaría hecho de infinitos «Kuei» (¿átomos?) y de un flúido, el «Shen» o alma superior, que estaría continuamente insuflando su aliento sobre los «Kuei». Primero existieron los «Kuei» que vinieron de la tierra y a ella retornan después de la muerte. Después surgió el «alma superior» o «Yang», mientras la tierra es, como se sabe, lo femenino o «Yin».

Durante la Dinastía Han aparecieron numerosos otros objetos rituales (tabletas, martillos, hachas, discos dentados,

(1) Confucio, al final de su vida, pedía poder vivir todavía 50 años más, encerrado en una pieza con los ocho diagramas de Pa-Kua, para encontrar la clave última, la suprema verdad del Universo.

círculos agujereados), con representaciones esotéricas de la Naturaleza.

* * *

De enorme interés es el encuentro del «Suan-Ki», especie de disco de jade, dividido en cuatro secciones por líneas perpendiculares y con cuatro dentelladuras de seis dientes cada una, en cuatro trozos equidistantes de la circunferencia. Según el libro «Chou Li» este disco, que medía cinco pulgadas, servía para determinar el punto en que el sol aparece y para medir la Tierra. Era, sin duda el precursor del «gnomon» que fué introducido el año 2400 A. C. y que desplazó el Zodíaco Lunar, estableciendo las fechas del Solsticio Solar. Las dentelladuras del perímetro, que son dieciocho «Arhats» o «Arhans», agrupadas como dijimos en cuatro porciones separadas: las dos inferiores, de seis dientes cada una, serían las doce divisiones de la eclíptica, los doce signos zodiacales de los ciclos del Calendario Chino (seis animales salvajes y seis animales domésticos). El orificio central del disco correspondería al Sol y a las cinco dentelladuras por encima de la doble línea, no serían otros que los cinco planetas conocidos por los chinos: Mercurio, Venus, Saturno, Júpiter y Marte, siendo el grau diente solitario, la Estrella Solitaria o Perla Mística de la sabiduría Confuciana. La mística taoista ve en los cinco planetas, la absorción por la esfera celeste de los cinco elementos de la tierra: Agua, Metal, Tierra, Madera y Fuego. El «Suan-Ki» era de jade blanco, con estriaduras rojizas, lo que trae de inmediato a la memoria los famosos amuletos taoistas, de los cuales los famosos representaban las seis estrellas en la constelación del Polo Sur (Seis Influencias del Cielo), las siete de la Osa Mayor, etc. Durante el reinado de los Han, el gobierno estableció el control de los talismanes: fué esta también la época en que los famosos espejos circulares empezaron a difundirse largamente en una atmósfera propicia, mitad galante y mitad esotérica. Son innumerables las vetas y

raíces del ocultismo chino en relación con los espejos, aun en nuestros días.

* * *

De los objetos del culto arcaico, los principales eran los siguientes.

«Pi» o disco plano de color verde azulejo, con agujero central. Representaba el cielo.

«Tsung» (que ya mencionamos), un tubo abierto en ambos extremos, formado con un cilindro dentro de un prisma rectangular, de color amarillo. Indicaba la Tierra y el Cielo juntos.

«Kuci», lámina plana adelgazándose hacia una punta, de color verde. Representaba la Madera.

«Chang», tubo con un extremo angular, de color rojo. Símbolo del Fuego.

«Hu», representación del Metal, asumía la forma de un tigre, de color blanco.

«Huang», un semicírculo de color negro. Símbolo del Agua.

Estos seis símbolos que ocupan parte muy importante en los viejos libros de arte y culto en China, se empleaban también para señalar los «seis puntos del compás» y hay quienes piensan que posiblemente representaron, en una época anterior, los «seis dioses de la fertilidad».

Los «talismanes» de jade forman otro vasto capítulo del esoterismo chino.

Los hay de cinco clases fundamentales;

Los de exorcismo, para alejar a los malos espíritus, que asumen generalmente figuras rituales (discos, etc.).

Los de buena suerte, en forma de pájaros y animales.

Los de tipo Cósmico y Mitológico. (Geroglíficos, formas convencionales, los doce Animales del Ciclo Duodenario, etc.).

Los Imperiales, siempre en la forma de Dragón y de Fénix (masculino y femenino, respectivamente).

Los de los Literatos, en la apariencia de tortugas, peccs. etc.

Posteriormente, a partir de las Dinastías Chou y Ming hasta la de los Manchúes (o Dinastía Ching) que es casi contemporánea, el trabajo del jade se elabora, perfecciona y complica cada vez más. Aparecen los sutiles vasos de sacrificio, las estatuillas simbólicas, las joyas de damas y varones, e infinidad de otros objetos cuya descripción cabría apenas en un libro y no en un artículo como este.

* * *

Muchos se preguntan hoy en China: ¿existe un límite para el jade? ¿Están agotados ya, o a punto de agotarse, los minerales donde se encontraba, o los ríos en cuyo fondo antiguamente los montañeses del Turkestán chino «pescaban» jade, arrastrado hasta allí desde las altas montañas por glaciares y torrentes?

Dos hechos evidentes hay a este respecto: Primero, que el trabajo del jade ha declinado, por ser menor la producción del mineral y muy inferior la calidad. Segundo, que gran parte del tesoro artístico chino del jade, ha sido sacado del país y se encuentra hoy en Europa, en Norteamérica y en Japón.

Las diversas guerras e invasiones que China ha venido sufriendo, desde que los «bárbaros de allende los Cuatro Océanos» llegaron a sus costas, han sido causa de estas extracciones. El saqueo del Palacio de Verano y de la Ciudad Prohibida por las tropas extranjeras, al término de la Guerra de los Boxer, fué sin duda una de las grandes sangrías al tesoro que los Emperadores chinos a lo largo de los siglos habían venido acumulando, por buenas y malas artes.

* * *

Las más grandes piezas de jade labrado que se conocen son: la tumba de Tamerlán, en Samarkanda; la tumba del rey

de Annam; la redoma de peces de Chien Lung y la «tortuga» existente en el Museo Británico.

Hay además otra pieza, en el «Metropolitan Museum», de Nueva York, Norteamérica, que es un bloque enorme de veintitrés y media pulgadas de alto con un peso de seiscientas cuarenta libras. Este bloque de «nefrita», esculpido en forma de una montaña fué obtenido por Chien Lung para la Corte y colocado por él en el Palacio de Verano (Yuan Ming Yuan), en Peking. Representa escenas del «Lan Ting Hsu», ensayo compuesto en el año 321 por Wang Hi-che, para conmemorar las actividades de un Club Literario de esa época que acostumbraba reunirse en las montañas, junto al bosque y a la orilla de los torrentes. Todo esto aparece representado en el bloque maravilloso. Hay además una inscripción del Emperador «Ming»: Yung-Ló y una estrofa del Emperador-poeta Chien Lung y su sello imperial. De cómo llegó a Norteamérica esta pieza única en el mundo que adornaba el Palacio de Verano de los Emperadores chinos, no lo sabemos con seguridad, pero se puede adivinar, recordando la toma de Peking por las fuerzas extranjeras en 1900 y el incendio del «Summer Palace», ordenado por el Comandante en Jefe de dichas Fuerzas. Según la obra «Annals and Memoirs of the Court of Peking», de Bland y Backhouse, un teniente de las fuerzas aliadas lo vendió a un diplomático americano que era un excelente «connaisseur». La versión puede o no ser exacta.

* * *

La figura humana surge tardíamente en el arte chino. Parece haber existido un poderoso tabú contra la representación general de la imagen antropoforma y, muy particularmente, contra su representación en jade. Fué necesaria la llegada de Sakyamuni, el Buda Sagrado, desde la India, para que los ar-

tífices afrontaran con menos prejuicio y mayor libertad la representación humana.

Cierto es que, en los antiguos broncees, se suelen encontrar figuras humanas, pero en ellas la estilización es muy exagerada. El emperador Wu Wang, fundador de la antiquísima dinastía «Chou», llevaba consigo a las batallas una imagen de su padre Weng Wang, que no era más que una tableta de madera. El monarca Huang-Ti, de la Dinastía Tsin ha legado un honroso recuerdo de su era: queriendo significar que su reinado era de paz y no de guerra, hizo fundir todas las armas metálicas del imperio y modeló con ellas «doce gigantescas figuras humanas» y algunas campanas. Esas figuras se llaman «wong chung» y han sido después reproducidas en todos los materiales: son también sumamente estilizadas y representan la imagen de un sabio de barba puntiaguda y larga túnica de anchas mangas. La cara es un triángulo en que los ojos y la boca están apenas marcados por leves hendiduras. Por la simpleza de sus líneas y la inmovilidad del rostro, estos «wong chung» tienen un extraordinario parecido con algunas creaciones de la más moderna escultura alemana y norteamericana.

* * *

Ha llamado la atención de algunos investigadores del arte chino, la marcada indiferencia que existe en el labrado de los objetos de bronce y los de jade.

Los vasos de bronce del período Chou, por ejemplo, están literalmente cubiertos de decoraciones, ornamentos y relieves de la más completa variedad, no sólo de pájaros, animales y plantas, sino aun de figuras humanas. El jade, en cambio, siempre aparece sobriamente trabajado, casi liso: los bellos jades antiguos, de la era Shang, para no citar sino una época, tienen líneas puras casi geométricas y domina en ellas una ausencia casi total de motivos ornamentales. Si se piensa que

unos y otros—los vasos de bronce como los de jade—se usaban para los mismos fines religiosos, surge de inmediato en la mente la cuestión del porqué de tal diferencia. La única explicación satisfactoria a tal pregunta, parece ser la de que no siempre los fines y objetivos fueron idénticos. El bronce sirvió en las épocas primigenias de esta cultura para la adoración y culto de los antepasados y de los super-ancestros, mientras que el jade, al comienzo sólo se empleó para canalizar los intercambios del microcosmos humano con las grandes fuerzas cósmicas.

Esta hipótesis coincidiría con la de los historiadores y etnologistas, quienes afirman que, en sus primeras etapas en China, el culto de los ancestros y el de la Naturaleza fueron dos cosas separadas y que, paulatinamente, se refundieron en una sola, mediante esa tendencia a la síntesis del espíritu religioso que es característica del alma del chino.

No cabe duda que el jade fué consagrado a un «culto de vegetación», conectado con la Astrología. Las relaciones del ciclo de vida de las plantas con las diferentes posiciones del sol, la luna y las estrellas, así como las influencias de ambas sobre la biología humana, fueron establecidas muy tempranamente en los albores de esta cultura. De tal modo, los objetos de jade pertenecientes al «culto vegetal», servían también para el culto astral. Así por ejemplo, los viejísimos símbolos del Dragón y el Tigre de jade, no sólo representaban las dos grandes constelaciones que gobiernan en el cielo las «dos mitades» del año, sino que también servían para marcar los dos períodos «Yang» y «Yin» del ciclo anual estacionario. Los caballos y carneros que aparecen tempranamente en los jades de la Dinastía «Han», son sin duda, imágenes totémicas de arcaicos sacrificios rituales, pero al mismo tiempo aluden a los signos del «Zodiaco Duodenario» chino. La escolástica de Confucio absorbió aquellos problemas de remotos ceremoniales de sacrificio, incorporándolos a su filosofía y a sus fórmulas. Sin que sea posible saber a ciencia cierta si el Equinoccio vernal era señalado por la ob-

servación de los astrónomos o por los sacerdotes del «culto vegetal», el hecho efectivo e histórico es que él daba lugar a ceremonias oficiales y a grandes manifestaciones simultáneas de contentamiento popular. Era uno de los momentos anuales, vértices cronológicos, en que la Luz y las Tinieblas, el principio «positivo» y la fuerza «negativa», el «Yang» y el «Yin» de la Naturaleza, alcanzaban un momento de equilibrio fugaz, para después volver a antagonizarse en el sucesivo predominio de una u otra.

* * *

La riqueza fabulosa de algunos de los grandes dignatarios chinos puede comprenderse leyendo algunas partes del inventario del tesoro del célebre Consejero Ho Shen, que acompañó en las labores del gobierno al Emperador Chien Lung durante los últimos años de su reinado. A la muerte de Chien Lung, su hijo Chia Ching, que le sucedió en el trono, viéndose corto en dineros y largo en necesidades, ordenó el enjuiciamiento del antiguo favorito y su pública ejecución por decapitación, bajo la acusación de inmoralidades administrativas, imaginarias unas y otras muy efectivas. El tesoro de Ho Shen, ingresado en arcas del nuevo Emperador fué avaluado por una comisión de expertos en 223 millones de «taels», equivalentes en ese tiempo a setenta millones de libras esterlinas. Las propiedades confiscadas valían, separadamente, 900 millones de «taels». En sonante se retiraron de las cámaras de este tesoro fantástico: 60 millones de onzas de plata, 27,000 onzas de oro, 53 collares de perlas, 456 rubíes, 113 zafiros, etc. En la colección de objetos de arte y «curios» del refinado mandarín, el jade ocupaba un lugar destacado, como se verá por el inventario que, parcialmente, reproducimos:

18 trípodes de jade.

11 trípodes de bronce de la Dinastía Han.

711 tinteros antiguos, algunos de ellos del período Sung.

28 «gongs» imperiales de jade.

10 espadas japonesas antiguas.

22 estatuas en jade blanco, representando a Kwan Yin, los Lohans, etc.

18 Lohans de oro macizo, de tres pies de alto cada uno.

9,000 cetros «Ju-I», de oro macizo, pesando 48 onzas cada uno.

507 cetros de jade, con inscripciones y poemas del Emperador Chien Lung.

3411 cetros de jade de tamaño menor.

500 pares de palillos de marfil y oro.

1 servicio de mesa en oro macizo, de 4,288 piezas.

1 servicio de mesa en plata igual al anterior.

99 grandes platos de sopa, de topacio.

154 platos de sopa, en jade.

124 jarros de vino de jade blanco.

18 grandes bandejas de jade y 18 de topacio.

2,390 botellitas de perfume, de jade, topacio y cornalina.

226 brazaletes de perlas.

10 árboles de coral de cuatro pies de altura cada uno.

23 biombos de oro macizo, 40 de oro y laca, 24 de laca, etcétera.

144 divanes decorados con oro y laca e incrustaciones de piedras preciosas.

28,000 artículos de variada joyería.

Finalmente, de los subterráneos del palacio del Consejero caído en desgracia, los sirvientes imperiales extrajeron: 35 millones de «taels» de oro puro en barras.

Puede verse por la enumeración anterior que los sibaritas chinos, a fines del siglo XVIII, acumulaban riquezas que pueden estimarse superiores a las de un Estado moderno y que en su fantástico arsenal de maravillas, el jade ocupaba un sitio supe-

rior aun al oro mismo. Esta tradición fué continuada por algunos eunucos de períodos posteriores y por la propia Emperatriz Tzu-Hsi, la célebre Dowager de China. Antecedentes de esta acumulación inverosímil de riquezas, se encuentran en China ya desde los tiempos de Kubilai Khan y los príncipes mongoles, tradición que alcanzó su apogeo durante los tres siglos del reinado de la Dinastía Ming, la más refinada, poética y exquisita de todas las castas gobernantes del Reino Medio.

El jade, más que el oro, ha conservado y conserva su valor al través de los siglos. Para el hombre de cualquier parte del mundo, la gema tiene un extraordinario poder de atracción. Hay en su verde transparencia algo que habla a nuestra alma con un mudo, pero irresistible lenguaje hermético. ¿Es la atmósfera de acuario, de gruta submarina, de valles oceánicos, que se mira en ella, la que despierta en nosotros vagas reminiscencias de etapas milenarias de nuestra filogenia...?

Una afinidad muy recóndita parece existir entre ese minúsculo trozo de mineral y el Cosmos inconmensurable que nos rodea. Los valores mismos, se diría que fincan sobre su estructura: una gema perfecta y translúcida evoca la pureza y la hermosura de las acciones humanas, mientras que las manchas que parecen flotar, como nubes en un cielo convulso, en el interior de la piedra, despiertan de inmediato en nosotros la idea de la corrupción y la muerte.

El reino vegetal en substancia y presencia, se diría que vive por artes de sutil encantamiento, en las moléculas que esa tierra legendaria del Asia, guarda en sus inexploradas cumbres. Lo animado y lo inerte confluyen en el jade, dentro de una fórmula esotérica que atrae y fascina como el abismo.

En los remotos tiempos en que la psiquis humana buscaba ansiosamente su expresión en términos de ritos y ceremonias animadas, la cultura china encontró el jade y buscó allí su expresión inmóvil y profunda. La tendencia quietista y filosófica de la raza extrajo de allí—o sumergió en él ¿quién podría

decirlo?—toda su tradición mitológica y su super-naturalismo racionalista, sin necesidad de recurrir a la ceremonia plástica animada, de danzas, cantos y decoraciones.

* * *

Nunca olvidaremos una de las más fuertes emociones estéticas que nuestros viajes nos han deparado: fué en Pnomh Penh, capital del Cambodge. Visitábamos el palacio real en una mañana ardiente y húmeda en que la Naturaleza entera parecía encendida en ímpetus genésicos. Se nos hizo entrar en la célebre Pagoda de Plata que, con sus puertas entornadas, yacía en la penumbra. Después de unos minutos, nuestros ojos empezaron a acostumbrarse a la media luz: los fastuosos objetos, las columnas y los decorados, descubrían sus contornos como naufragos emergiendo de un mar de sombras. En el fondo de la sala inmensa, sobre un altar de oro, la imagen del Buda presidía todos aquellos tesoros. Yacía allí el gautama andrógino, con su juvenil rostro impassible y sereno, reposando sobre la corola del loto del ritual indostánico. Alguien abrió entonces una puerta por detrás del altar y un rayo de sol entró de pronto, atravesando como un puñal de oro, el cuerpo del Dios. La daga de luz penetraba el cuerpo divino a nivel del corazón exactamente, y se trizaba dentro del busto armonioso en infinitos hilos áureos, esparciendo en todas direcciones una luminosidad que flotaba como una ola estelar en aguas profundas, como un polen de oro sobre un jardín de cálices submarinos. Era el «Buda de Jade», la joya más valiosa del miliunanochesco Palacio del Rey Sossiwath Monniwon, labrado entero en una sola pieza de jade macizo y transparente a la vez, como aquel «musgo diluído en nieve fundida» del poeta chino.

Permanecemos largos instantes mudos ante el milagro, en una actitud psíquica que tenía mucho de la mística adoración del primitivo ante su fetiche. Era el «dios sol», creador de la

Vida, quien tendía su mano de oro y venía a despertar al impávido Gautama dormido en las sombras. El «Yang» y el «Yin», los principios eternos, se encontraban una vez más sobre la tierra, frente a la mirada atónita de una pupila humana. Y la emoción estética se transmutaba en un sentimiento religioso, como muchas veces aconteció en el despuntar de la civilización. Desde entonces entendimos por qué el Sol ha sido y es objeto de culto entre millones de seres humanos y por qué el jade fué definido por algún antiguo «Doctor Fausto», como «un hijo del sol», una «cristalización del arcoiris».